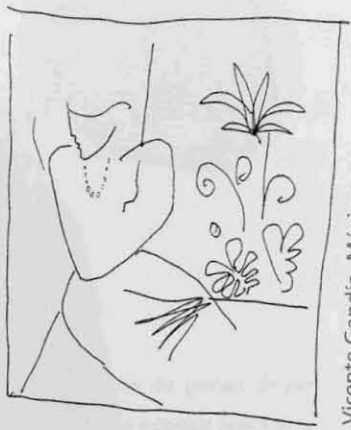
Carta con motivo de ningún aniversario

Adolfo Castañón*

Antes de que el silencio
envuelva el jardín
antes de que la luz se vaya y la sombra
salga de nosotros y nos cubra
su oscura música inaudita
Antes de que el sol deje de alegrar
la gota de agua que lleva mi nombre
debo y quiero decir
que no fuiste la previsible abnegada
ni la triste que acepta
la vida en común como cárcel
menos la que está en la caja de la cama
calculando con sórdida aritmética inocuas venganzas
Tampoco fui yo
el macho de vana mente y gloria espuria
ni el casado perfecto
que calza mandilón y lava platos
ni el niño que va haciendo travesuras
a la vista de todos y a escondidas de sí mismo
En la intrincada ruleta
nos tocó el premio de estar juntos
–y no tardar demasiado en reconocernos:
amantes a veces,
hermanos a medias incestuosos
de tanto vivir juntos
precoces novios póstumos,
uncidos a la yunta del tiempo
por la música y la letra
(entre otras cosas por
la letra, ¿no?)
pues ¿quién lo iba a decir?
Fueron nuestras nupcias biblioteca
y museo y concierto y oda nuestra boda: *sacra conversazione*
Algo en la luz de la tarde sosegada me recuerda los cuerpos exhaustos
que espiaban los sátiros burlones
en el manchado espejo de la siesta

* Poeta, escritor y crítico literario. Entre sus más recientes publicaciones se encuentran *Fulgor de María Zambrano* (Ediciones Sin Nombre, México, 2002) y *Dos veces Venezuela* (Guadalajara, 2002). Actualmente es encargado del despacho de la Gerencia Editorial del Fondo de Cultura Económica



Vicente Gandía, México

No será fácil olvidar
el subterráneo cuchicheo
de la conversación inagotable
que nos llevaba a vivir
en el cuento de las horas,
más allá del
suelo que los hombres ensucian
para inventar un vidrioso terreno común
a su impía tarea
Sólo puedo olvidar tu voz
para olvidarme en ella
Fluir con sus acentos de musgo
y su música de ave oculta
que me guía en el bosque
hacia mis propias voces raíces soterradas

Cada marido ¿no?
merece un bostezo
por su estadística de animal satisfecho
La cadena madre
se va renovando en cada esposa
que hace de su cónyuge otro infalible hijo,
otro rehén de la ley madrastra
A ti y a mí no nos tocaron otros hijos:
sino las voces;
otra descendencia:
sino el despertar
en la línea dibujada o leída,
en el poema o el cuadro, el relámpago suspendido entre dos notas
Así será la muerte una aventura
cuya belleza
sólo nosotros
–a solas y entrenós y
nada más–
podremos saludar
como quien relee en el crepúsculo
cenizas partituras de memoria.